

TEMPORAL DE NIEVE

## (ANECDOTA HISTÓRICA DE LAS "MEMORIAS INTIMAS DE UN ADOLESCENTE")

Pocos ratos espero en mi vida tan agradables como aquellos de sobremesa en casa de Letamendi los sábados por la noche, pasados allí en familia, con los atractivos que les prestaba la dulzura angelical de Clarita, el doctor con los chispazos de su inagotable ingenio, y Balaguer con sus recuerdos llenos de poesía. Momentos de grata expansión, en los que daba yo libertad a mis entusiasmos ardentísimos de muchacho por mis ideas, por mi madre, por mi pueblo y por mis amigos.

En una de aquellas noches inolvidables, después de reirnos de una frase ingeniosísima de Letamendi acerca de la emigración, nos refirió Balaguer una interesante aventura suya, la curiosa anécdota que voy a relatar.

—Estaba yo emigrado en Aviñón,— nos decía el ilustre autor de la HISTORIA DE CATALUÑA.— Me habían obsequiado por aquellos días los poetas provenzales con un banquete a orillas del pintoresco Ródano, y en aquella comida ofrecí a Federico Mistral ir a visitarlo en su retiro de Maillane, donde el gran poeta emplea una parte de su tiempo en las tranquilas faenas del campo.

El primer domingo después salí de Aviñón muy temprano. Había que recorrer algunas leguas y deseaba vivamente llegar a la mansión del inspirado autor de **Mireya**, porque debía regresar a la noche y quería anticipar y prolongar en cuanto me fuera dable aquella entrevista.

¡Qué excursión tan agradable! El almuerzo fué servido con una sencillez grandísima, sin aparato de ninguna especie. Y mientras duró, después de explicarme Mistral algunas de las labores a que se entregaba en aquella finca, en la que la pulcritud y el orden reinaban, hablamos de nuestra literatura regional. Juntos recordamos aquella época, la única de la literatura catalana que con justicia y verdad puede llamarse propiamente provenzal, que alcanza hasta fines del siglo XII y principios del siguiente, es decir, hasta la guerra de los albigenses y expulsión de los trovadores del mediodía de Francia (1); aquella época en que los herederos de Carlomagno vivían hacia el norte del Loire, ocupando los ducados de Normandía y Bretaña y los condados de Champagne y de Anjou, e, independientes de aquellos reyes, sin mantener apenas con ellos relación alguna, extraños a su historia y a sus costumbres, y extranjeros a su raza y a sus leyes, se extendían hacia el mediodía el ducado de Aquitania y los condados de Auvernia, Tolosa, Provenza y otros, los cuales, por medio del lazo del condado de Rosellón y

---

(1) Las personas que deseen la historia de la literatura catalana, o lemosina, como muchos la llaman, pueden ver las obras de Víctor Balaguer. Las noticias que se refieren a este período, y que expongo respetando escrupulosamente las ideas del ilustre autor, están tomadas de esas obras, y principalmente de su DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA (pág. 25, tomo VII de la colección) alguno de cuyos párrafos transcribo literalmente como advierte el entrecomadado.

salvando los Pirineos, que no eran entonces barrera ni frontera para la lengua y la literatura, venían a darse la mano con el condado de Barcelona. Hablábamos de aquella época en que la lengua **vulgar o romana** se usaba en la vasta extensión de territorio que abarcaba desde el Ebro hasta el Loire, comprendiendo la cuenca pirenaica, y por la costa del Mediterráneo desde Tortosa, frontera a la sazón de los árabes, hasta las mismas rientes campiñas de la italiana Gènova; de aquel tiempo en que no existía afinidad alguna entre Tolosa y París, mientras era íntima entre Tolosa y Barcelona.

“Un vecino de Tolosa tenía entonces por bárbaro, y no comprendía, el lenguaje de un habitante de París, mientras era hermano de un ciudadano barcelonés, cuya lengua hablaba, de cuya familia era, cuyas costumbres y cuyos hábitos conocía. Marsella y Barcelona se miraban como en un solo espejo en el mismo mar, las mismas brisas acariciaban sus frentes, al rayo del mismo sol se solazaban, tenían el mismo origen, la misma historia y la misma lengua. Barceloneta, trepaba a una colina de los Alpes para mejor divisar desde allí y dirigir por encima de los Pirineos una mirada de cariño a su madre Barcelona”, y hasta tal punto había llegado esta intimidad que, como ha dicho Mistral en unos bellísimos versos que algunos años después recordaba yo en la Academia de la Historia (1) “cuando había en Aix, en Marsella o en Aviñón, una beldad de gran renombre se hablaba de ella como de una vecina de la capital de Cataluña”.

Recordábamos aquella civilización, “incomparablemente más adelantada que la del norte, en que la poesía, verdadera flor del sentimiento, perfumaba con sus delicadísimos aromas aquellas regiones llenas de luz, de encantos y de armonías, “donde fué

---

(1) Discurso citado.

concebida y formada la Venus provenzal hallada por venturoso azar en Arlés, entre las vetustas ruinas de su viejo coliseo.

Recordábamos las comunes glorias de la "lira provenzal, que, como en otro tiempo la griega, cantó el himno de las victorias alcanzadas sobre la barbarie y se inspiró en la tenaz resistencia ofrecida por los pueblos del mediodía a los reyes carlovingios y en las luchas terribles con los árabes de España; y, templando luego la energía varonil de su acento en sus cantos de guerra con las dulces modulaciones de su cadenciosa rima en sus cantos de amores, fué de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, y de castillo en castillo, embelleciéndolo todo con su contacto, como aquella hada misteriosa de las leyendas que a cada paso que daba veía brotar flores en sus huellas"; de ese brillantísimo período en que "los príncipes de la casa de Barcelona comunican a la Provenza un nuevo germen de vida y despiertan en ella cuanto en ella hay de noble, de generoso, de caballeresco y de patriótico, por medio de su sabia política democrática," por virtud de la cual "adquiere el pueblo la conciencia de sus destinos, su organización feudal se modifica y se modera, su constitución política y económica se desarrolla por el reconocimiento de los derechos de sus ciudadanos y la confirmación de sus antiguas libertades", y, juntos y unidos los hombres libres que habitan desde el Loire hasta el Ebro, dan a sus sentimientos hermosa irradiación en sus **canciones**, en sus **sirventesios** y en sus **novas**, con que la Provenza nos enseña a cantar amores y penas, a lanzar el ardiente grito de guerra, la fogosa expresión del entusiasmo o la dulce añoranza de los felices momentos del pasado, hasta que Simón de Montfort, al frente de las bandas septentrionales, llena de luto y de espanto aquellas comarcas, haciendo huir ante sus armas brutales, a la dulce poesía, cuyos cultivadores, escapando a la matanza, hallan

en Cataluña y Aragón una segunda patria que recoja con amoroso empeño nuevos laureles para coronar sus frentes.

Pero volaba el tiempo, como siempre que transcurre en grato amor y compañía y fué preciso poner término a nuestra conversación.

Cuando el cochero recibió la orden de enganchar se resistió cuanto pudo a obedecer, señalando una nube cenicienta que empezaba a extenderse por el horizonte y afirmando que no era posible que llegásemos antes de que la tormenta se desencadenara.

Con mil amores hubiera cedido a los ruegos de mi anfitrión y a las observaciones del cochero. No me era posible, sin embargo, y apresuradamente salimos de Maillane.

El cochero repetía que se preparaba una buena tempestad y murmuraba entre dientes:

—Ici ca ne rigolle pas!

Dos horas haría escasamente que habríamos emprendido la marcha, cuando el nubarrón, cubriendo el horizonte hasta envolvernos por completo en su tenebroso seno, se desplomó en gruesos copos sobre nuestras cabezas. El cochero fustigaba los caballos, exclamando:

—¡ Bigre ! ; La voilà !

Los copos menudeaban y el suelo se cubría de nieve rápidamente. La luz se extinguió y para reconocer el camino hubo necesidad de encender los faroles. La nieve seguía cayendo sin cesar. En mi vida he visto nevada más copiosa. Al cabo de unos instantes se enterraban las patas de los caballos, que apenas podían arrastrar el coche, y en medio de aquella oscuridad ni era ya posible distinguir el camino ni adelantar gran cosa. Tampoco era hacedero retroceder.

Ignoro el tiempo que pasamos así.

Era preciso guarecerse en alguna parte y esperar que el turbión pasase; pero, ¿dónde ir?

Creyó entonces el cochero distinguir una luz, y hacia ella dirigió los caballos.

No estaba muy cerca, y hubimos de tardar bastante en llegar al sitio en que brillaba; pero no era cosa de poner reparo en las pasadas fatigas cuando estaban a punto de terminar. Llegamos, por fin, a un edificio un poco raro; un negro paredón se levantaba delante de nosotros, y continuando la línea de la pared seguía una tapia alta. Este detalle, en el cual apenas puse mi atención, es muy importante, por lo que hago que se fijen ustedes en él.

—¡Una fachada sin ventanas ni balcones!—exclamó el estudiante **perpetuo**.— Vamos: una casa **ciega**.

Nos reimos del epíteto, y el poeta que nos ha transmitido la leyenda de **MADONA MARGARIDA Y EN GUILLEM DE CABESTAYN** continuó:

—Una vez junto al portalón, llamè, abrieron, y, recorrido el zaguán, llegué a la puerta que daba entrada a las habitaciones de los dueños, donde hallé un criado vestido de frac y corbata blanca. No dejé de sorprenderme tanto refinamiento en medio de aquellas soledades, y, apenas hube formulado mi deseo, me hizo pasar el sirviente a un saloncillo adornado con severo gusto, en tanto que iba a poner mi llegada en conocimiento del señor.

Había en el centro un velador, y en él varios tomos lujosamente encuadrados. Entre ellos estaban las obras del famoso estadista inglés Stuart Mill acerca de **El Gobierno representativo** su **Principios de Economía Política**, su **Examen de la filosofía de sir W. Hamilton**, su **Sistema de lógica, el Utilitarismo y la libertad**. Cogí este último libro y estuve leyendo nuevamente aquella sentidísima dedicatoria del gran escritor a su mujer (1). Conocía la adoración

---

(1) No puedo desistir a la tentación de transcribir aquí la dedicatoria, tomándola de la traducción, aún inédita, de esa obra; traducción hecha por mi

que por su compañera había tenido el gran pensador y sentía una impresión agradabilísima al encontrarme allí con libros que me eran familiares y por cuyo autor (que en aquellos momentos agitaba el mundo con sus campañas) experimentaba yo una admiración profunda. De estas ideas me apartó, la presencia del dueño de la casa. Nos saludamos, le dije yo quién era, y le pedí hospitalidad en lo que el turbión pasara.

Díjome que había visto en los periódicos la noticia de mi llegada y la reseña del banquete con que pocos días antes me habían obsequiado los poetas provenzales, y me instó a que me quedase allí a pasar la noche, invitación que acepté reconocido.

Llamó a un criado, encargándole que cuidasen del cochero, de los caballos y del coche, y emprendimos nosotros una larga conversación, que comenzó pidiéndome él noticias de la política en España, cuya historia revelaba conocer profundamente.

Las ideas giraron después sobre política general,

---

venerable amigo Baldorioty Castro, el ilustre patriota puertorriqueño. Dice así:

“Dedico este volumen a la memoria querida y llorada de la que fué la inspiradora, y en parte autora, de lo mejor que hay en mis obras; a la memoria de la amiga y de la esposa, cuya estimación exaltada por lo verdadero y por lo justo, fué mi estímulo más poderoso, y cuya aprobación mi principal recompensa.

“Como todo lo que he escrito durante muchos años, esta obra es tanto suya como mía; pero este libro, tal cual es, no alcanzó de un modo completo la inestimable ventaja de ser revisado por ella, pues algunas de sus partes más importantes fueron aplazadas para un segundo examen más esmerado, examen que estaban destinadas a no recibir jamás. Si yo fuera capaz de interpretar siquiera la mitad de los grandes pensamientos, y de los sentimientos elevados que han sido sepultados con ella, el mundo sacaría más fruto de ellos que de todo lo que pueda escribir sin la inspiración y la asistencia de su buen sentido, casi sin rival.—J. Stuart Mill.”



y pronto echè de ver que no era mi interlocutor sólo un hombre de una ilustración vastísima, sino, además, un pensador, y un pensador profundo de la escuela utilitaria inglesa.

Era de presumirse esto por las obras que había visto, y cuya lectura parecía revelarse en sus juicios. En el curso de la conversación hizo un breve análisis de las ideas de Comte, de la marcha del positivismo en "el continente" y de la misión que esta escuela venía a cumplir en el orden de las ciencias políticas. Su amor por el régimen representativo y sus convicciones autonomistas en materia colonial fueron las dos impresiones más vivas que me quedaron de aquella conversación.

Después de tomar un **lunch**, servido con una esplendidez apenas concebible en aquel solitario rincón del mundo, llegó la hora de retirarme a descansar, y, acompañado por el sirviente, subí al primer piso, y, dando la vuelta a la casa por unos corredores que se cortaban en ángulo recto, entramos en la habitación que me destinaban para pasar la noche.

Al dejarme en ella retiróse el criado, no sin llamarme la atención hacia el lugar donde se hallaba el cordón de la campanilla (junto a la cabecera de la cama) por si algo se me ocurría.

En aquella habitación reinaba como en el resto de la casa, un **confort** exquisito, y el mobiliario como el decorado revelaban un gusto severo.

Era la cama un mueble soberbio; pero yo, que estaba bastante cansado, no me detuve mucho en el examen de lo que me rodeaba, sino que me acosté en seguida, quedándome profundamente dormido.

\* \* \*

Por la mañana me levanté,—siguió refiriéndonos Balaguer,— cuando el sol se filtraba ya por las cortinas. Se conocía que un día espléndido había sucedido a la pasada tormenta. Me acerqué al tocador,

mueble de rica talla, en el que había un magnífico juego de porcelana de Sévres; una vez concluída mi *toilette*, me dirigí a la ventana con ánimo de contemplar el paisaje.

El espectáculo que se ofreció a mi vista no pudo menos de impresionarme fuertemente. Era aquello realmente extraordinario.

Varios árboles se levantaban cerca de los cristales, pero todos eran cipreses y sauces, y el suelo de lo que en el primer momento me imaginé que el jardín estaba sembrado de cruces y de lápidas.

Retrocedí ante aquel cuadro y tiré del cordón de la campanilla. Un criado se presentó inmediatamente, diciéndome que el señor esperaba abajo para que nos desayunásemos, y ofreciéndose a enseñarme el camino. Recordaba yo perfectamente aquellos corredores que, cortándose en ángulo recto, daban vuelta a la casa. Así es que lo despedí sin utilizar sus servicios y me acerqué de nuevo a la ventana, ansioso de ver hasta qué punto podía dar crédito a mis propios ojos. Allí estaban, para demostrarme que no me había engañado, las tumbas y los nichos y los panteones. ¡Extraño jardín, en verdad!

Salí del cuarto, deseoso de apartar los ojos de aquel fúnebre espectáculo. El pasillo era largo, tenía grandes ventanas, y cuando pasé junto a ellas también por aquel lado el espectáculo de cipreses, cruces, sauces y nichos se reprodujo a mi vista. Doblé por el corredor que había a continuación de aquél, y desde las ventanas de este último volví a contemplar nuevos cipreses, nuevos sauces, deshechas coronas de marchitas flores y cruces sembradas sobre la menuda yerba. Ya no cabía duda. Recordé que la casa no tenía hueco alguno al exterior. Había dormido en un cementerio.

Pero aún me reservaba la suerte una sorpresa mayor.

Cuando llegué al comedor, en la planta baja, en-

contré allí al dueño de aquella extraña quinta, sentado frente a una de las tres grandes ventanas que se abrían hasta el suelo sobre aquel fúnebre jardín.

No necesité expresarle mi extrañeza. El entonces me explicó la razón de cuanto estaba viendo.

—“Yo soy Stuart Mill,—me dijo—. Usted conocerá mi adoración por mi esposa. Cuando, después de suprimida la Compañía de Indias, libre ya de mis obligaciones de funcionario, pude disponer de mi tiempo, proyectamos pasar el invierno de 1858 al 59 en estas comarcas. Al salir de Aviñón viajando hacia Montpellier enfermó mi mujer de un repentino ataque de congestión pulmonar que acabó con su vida y con mi felicidad (1). Allí la enterraron. Y con el brazo extendido me señaló una tumba situada enfrente del lugar que ocupaba.

“Desde aquel infausto día hice el propósito de estar lo más cerca de ella que me fuese posible, y con ese objeto adquirí esta finca, que no tiene más comunicación con el mundo que el portalón por donde se entra.

“Las vacaciones parlamentarios vengo a pasarlas aquí. Aquí me encierro, y en este sitio, junto a esta mesa y en esta silla, escribo mis obras. Y cuando tomo la pluma, contemplando esa losa, siento la inspiración que su espíritu me presta. Cierro los ojos y recibo la inspiración de las alas de luz de aquella alma que viene a besar mi frente, infundiendo en ella ese aliento inspirador que lleva al fondo de las almas la vida de los seres que han recorrido con nosotros el camino de la existencia, infundiéndonos el amor de lo justo, de lo verdadero y de lo bello; y que, después de desaparecer de la vista de los demás, arrebatados por la muerte, buscan en cada

---

(1) El mismo Stuart Mill confirma estas noticias. Véase la obra MES MEMOIRES HISTOIRE DE MA VIE ET DE MES IDEES.—Traducción Cazelles, página 239.

palpitación de nuestros corazones el latido que responde a los suyos, nobles y generosos.”

Y el frío autor de “El sistema de lógica” con la expresión de los iluminados en sus ojos, y el ardor y la ternura de un enamorado en las modulaciones cadenciosas de la voz, me habló del amor de sus amores, de aquella pasión, rayana en el delirio, hasta que llegó el momento de separarme del inmortal pensador a cuya mansión extraña me llevó un temporal de nieve.

\* \* \*

Señor don Víctor Balaguer: ¿recuerda usted aquellas noches de los sábados en casa de nuestro queridísimo doctor Letamendi? Ha pasado el tiempo, y con él cuantas cosas! Letamendi, casi siempre enfermo, ha perdido mucho de aquel humor admirable, y en estos momentos sus dolencias le combaten sin tregua ni descanso, tratando, aunque en vano, de domeñar aquella imaginación extraordinaria. Quédale solo como lenitivo a sus dolores la suave y dulce asistencia de Clarita. Mi madre, el ángel de quien yo hablaba con el entusiasmo del más hondo de los cariños, duerme el eterno sueño en el cementerio de San Justo, y en la oscura noche de mi espíritu, no oigo, para refugio de mis penas, aquellas interesantes anécdotas ni aquellos poéticos recuerdos históricos que usted nos refería de sobremesa, salpicados por los ocurrentísimos chispazos del doctor.